

Macroecumenismo latinoamericano

En un curso de «teología del pluralismo religioso» hecho desde América Latina no podría faltar una alusión al «macroecumenismo» latinoamericano, por ser éste la forma que la «teología del pluralismo religioso» latinoamericano tomó «avant la lettre», antes de que tal teología del pluralismo religioso se desarrollara en el mundo y en América Latina. Vamos a ver cómo fue este «macroecumenismo» y vamos a hacer una actualización y una proyección de futuro del mismo.

I. Para desarrollar el tema

A. Antecedentes

Como ya hemos dicho anteriormente, la TL es una teología muy joven, de apenas 30 años, frente a otras teologías que cuentan por siglos su antigüedad. Tres décadas no dan para desarrollar una teología que no es una teología concreta (una rama del árbol teológico) sino «una nueva manera de rehacer toda la teología». La TL ha desarrollado bastantes de sus ramas, sobre todo las principales; pero, también, ha dejado sin desarrollar, por falta de tiempo, otras ramas. La teología de las religiones, TR, es una de esas ramas que no hubo tiempo ni condiciones para ser desarrollada, y que aún espera ser abordada sistemáticamente.

Evidentemente, no se puede decir que no se pueda encontrar en lo realizado hasta ahora una posición de la TL en el campo de la TR. La naturaleza de la teología es tal que todas sus partes y tratados se implican mutuamente, comparten una misma imagen de Dios e interactúan unas con otras. De alguna forma, en cada elaboración sectorial teológica están presentes todas las demás, y esta presencia en síntesis o en germen puede dar razón, en cada una de ellas, de todas las demás. Pero sólo es, como decimos, «en síntesis o en germen». Un desarrollo que pudiéramos calificar como «suficiente» debería ser abordado explícita y rigurosamente. Este abordaje explícito y riguroso es el que decimos que, de hecho, no ha sido realizado por la TL respecto de la TR, aunque, como decimos, en muchas elaboraciones y realizaciones de la TL se ven presentes, en germen o en síntesis, afirmaciones claras y muy valiosas de TR.

Teologías indígenas, indias y afroamericanas

Para ejemplificar esto que queremos decir, podríamos ir en primer lugar, a las obras que, lógicamente, más tienen que ver con el diálogo de religiones. Podemos acudir al libro colectivo que dentro de la colección «Teología y Liberación»¹ aborda el tema de las religiones indígenas, libro colectivo de Manuel M. Marzal, J. Ricardo Robles, Eugenio Maurer, Xavier Albó y Bartolomeu Melià, titulado «El rostro indio de Dios». Pasa revista el libro a la religión de los Rarámuri-Pagótuame (Robles), al cristianismo Tseltal (Maurer), a la religión Quechua surandina (Marzal), a la experiencia religiosa Aimara (Albó), y a la Guaraní (Melià). En todos los casos se hace una presentación del patrimonio simbólico de estas religiones, se recuenta la historia de su relación con el cristianismo, y se hace una valoración de las posibilidades actuales de esa relación, de cara al futuro, en diversos aspectos y elementos. Pero en ningún caso se aborda un estudio sistemático de la valorización de estas religiones por sí mismas, de la necesidad (o no) de la mediación salvífica de Cristo, ni un estudio pormenorizado del valor de la revelación propia de estas religiones indígenas y de sus libros sagrados... El libro fue escrito en 1988 y no podemos pedirle que responda a unas preguntas que entonces no estaban en el ambiente, ni a unos planteamientos que no se hacía la TL desde la que este libro está escrito.

Otro tanto se puede decir de los volúmenes colectivos que ha producido en el Continente la Teología India². Hágase un repaso de los mismos y véase cómo, por ejemplo, las cuestiones que concretamente –por no ir más lejos– nos hemos planteado hasta ahora en este curso, no están allí presentes. Se trata de una teología con una metodología propia y peculiar, que no ha de ser comparada con el concepto clásico occidental de teología, ya que su objeto y las preguntas a las que responde son otras.

Algo parecido se puede decir de las teologías afroamericanas. Como señala Antônio Aparecido da Silva, el diálogo entre la racionalidad de las teologías de herencia africana y la de la teología de la liberación aún está por llevarse a cabo; «los presupuestos del conocimiento en una y otra reflexión teológica no siguen los mismos caminos», incluso «se ignoran recíprocamente»³. No es posible buscar las preguntas y las respuestas de la teología de las religiones o de la teología del pluralismo en las teologías liberadoras afroamericanas, aunque no se niega que un estudio más profundo podría traducir a un lenguaje «sistemático» de cuño occidental

1 Colección dirigida por un comité editorial ecuménico, bajo el patrocinio del CESEP, en 50 volúmenes, que pretendía cubrir de manera sistemática todas las ramas vivas del árbol de la teología clásica desde la perspectiva de la TL.

2 Véase la bibliografía final.

3 DA SILVA, Antônio Aparecido, *Pluralismo religioso y tradiciones religiosas africanas*, en ASETT, *Por los muchos caminos de Dios*, I, Verbo Divino, Quito 2003.

las respuestas implícitas y hasta subconscientes que aquellas teologías han dado a las preguntas –allí percibidas a su manera– que se hace la «teología de las religiones». Ese estudio está por hacerse y no es éste el lugar de suplirlo. Así que damos por sentada la afirmación de que, de hecho, precisamente porque queremos respetar la identidad propia y peculiar de las teologías indígenas y afroamericanas, no podemos pretender encontrar en ellas explícitamente lo que convencionalmente se entiende por una «teología de las religiones».

¿No hay en la TL ninguna otra presencia, aunque sea también implícita, de TR? Creemos que sí.

«Macroecumenismo» latinoamericano

En septiembre de 1992, en Quito, Ecuador, tuvo lugar la «Asamblea del Pueblo de Dios», una asamblea de representaciones de las religiones del Continente Latinoamericano. Participó Pedro Casaldáliga, quien en su alocución a la Asamblea presentó el tema del «Macroecumenismo», neologismo que allí fue propuesto sobre la base del capítulo de igual nombre del libro que también allí, en el marco de la Asamblea del Pueblo de Dios, fue presentado y lanzado, *Espiritualidad de la liberación*⁴. Los teólogos latinoamericanos refieren de modo unánime que la Asamblea del Pueblo de Dios fue el momento en que ese término, «macroecumenismo», fue «presentado en sociedad» y fue asumido como latinoamericano. Desde entonces, fuera de nuestras latitudes es reconocido como una forma de hablar propia de los latinoamericanos.

El citado libro tiene, como decimos, un capítulo titulado precisamente así, «Macroecumenismo». Y se trata de un libro en el que los autores manifestaban que su propósito no era presentar una nueva espiritualidad, sino simplemente dar forma a la espiritualidad que se vivía en el Continente (el libro salía a la calle en el célebre 1992). El macroecumenismo allí presentado no quería ser una novedad (aunque sí lo fuera su nueva denominación), sino el reflejo de lo que, de hecho, se vivía en la práctica y se reflexionaba en la teología latinoamericana.

Ha pasado el tiempo, y la experiencia macroecuménica latinoamericana ha crecido y madurado. Vamos a tratar de hacer una actualización de aquella síntesis⁵, insistiendo en que tampoco aquí queremos expresar una teoría particular, sino exponer lo que el Pueblo Latinoamericano siente en su espiritualidad macroecuménica actual.

4 Pedro CASALDÁLIGA y José María VIGIL, *Espiritualidad de la liberación*, en la biblioteca de Koinonía: servicioskoinonia.org/biblioteca

5 Vamos a hacer tal actualización sobre la base misma de aquel texto.

Vamos a utilizar un lenguaje que quiere estar a medio camino entre la teología y la espiritualidad. Y recordamos que no escribimos «universalmente», sino tratando de reflejar el punto de vista latinoamericano, que puede ser muy diferente al simplemente occidental, o al europeo en general (o romano en particular).

B. El macroecumenismo de Dios

Toda teología, toda espiritualidad dependen y provienen en última instancia no de una idea genial original de algún teólogo, sino de la experiencia de Dios que la comunidad hace en un determinado tiempo y lugar. El fundamento más hondo del macroecumenismo latinoamericano es también la experiencia de Dios que viven los cristianos del Continente. El macroecumenismo latinoamericano se basa en el macroecumenismo de Dios mismo. Es pues una imagen y una experiencia de Dios lo que en el fondo están en juego.

Podríamos comenzar diciendo que en nuestra experiencia religiosa hemos percibido el «macroecumenismo» de Dios. Dios es macroecuménico. No es racista, no está ligado a ninguna etnia ni a ninguna cultura. Dios no se da en exclusividad ni en privilegio a nadie.

Macroecuménico en su presencia en pueblos y personas

Hoy tenemos conciencia irreversible de la presencia del Espíritu de Dios a lo largo y ancho de toda la historia, en todos los pueblos, en todas las culturas y religiones... Hoy sentimos más fácilmente que él está presente en todos los pueblos, desde siempre, antes de la llegada física de los misioneros de cualquier religión⁶, y aunque éstos no lleguen. Él está presente y actuante en el corazón de cada cultura, que siempre es un destello de su luz. Está presente y vivo en el corazón de cada ser humano, incluso de aquellos que -tantas veces sin culpa y aun con buena voluntad- ignoran o incluso lo niegan⁷. El realiza su salvación por caminos sólo de él conocidos⁸, mucho más allá de los estrechos límites del cristianismo institucional⁹ y de las religiones establecidas, y nosotros nos alegramos y no miramos con malos ojos la generosidad del Padre-Señor con los obreros de todas las viñas y de las más diferentes horas¹⁰.

6 Puebla 201.

7 Puebla 208.

8 GS 22. «Mis caminos no son los mismos de ustedes» (Is 55, 8).

9 Recordemos una vez más la afirmación de H.R. SCHLETTE: «El camino ordinario de salvación, por ser el más universal, son las religiones no cristianas», *Le religioni come tema della teologia*, Morcelliana, Brescia 1968, 85-86.

10 «¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos?, ¿o ves tú con malos ojos que yo sea generoso?» (Mt 20, 15).

Él no escoge un pueblo en exclusiva para comunicarse por medio de él con los demás; Él ama y escoge a todos los pueblos, y se comunica con todos ellos por medio de cada una de sus religiones. Él no sale al encuentro de unos, mientras simplemente se deja buscar por otros. No tiene acepción de personas ni de pueblos, ni tiene opción preferencial por ningún pueblo, aunque muchos pueblos, en los estratos iniciales de su maduración religiosa, se hayan creído a sí mismos objetos de tal privilegio discriminador. Tampoco margina ni olvida a ningún pueblo, ni deja a nadie en una situación salvífica gravemente deficitaria. Creemos en la igual dignidad de la relación de todos los pueblos con Dios, sin que podamos considerar «fe» la de unos y creencias religiosas o simple religiosidad la de otros, ni «virtudes sobrenaturales» las de unos y simples valores morales las de otros.

Por lo que en nuestra propia historia hemos vivido de orgullo y de conciencia de pueblo elegido y privilegiado, que desprecia a los otros pueblos y religiones y se cree llamado a salvarlos, pedimos perdón.

Macroecuménico en su propio misterio

Después de muchos avatares históricos en los que los cristianos, en el ámbito de la civilización occidental, habían vinculado excesivamente la imagen de Dios a una cultura -confluencia de varias culturas hegemónicas: griega, latina, sajona-, la reflexión y el discernimiento cristiano de los últimos tiempos¹¹ nos han devuelto una visión más clara del rostro macroecuménico de Dios. Dios no está ligado a ninguna raza, ni a ninguna cultura, ni a ningún sexo. No tiene dueño, ni apoderado, ni lugarteniente. No es blanco, ni occidental, ni masculino, como –penitentemente hay que reconocerlo- los cristianos lo hemos confesado y proclamado. Ni siquiera es un Dios cristiano como contradistinto a hindú, judío, musulmán... Ni siquiera tiene un nombre, porque es el «Dios de todos los nombres».

Todas las cualificaciones y determinaciones de Dios están de parte nuestra¹², son responsabilidad nuestra, y expresan nuestra limitación. Dios está más allá de todo lo que de Él decimos, confesamos y predicamos. Es un Misterio inabarcable, inaprehensible, inexpresable. Ninguna fórmula, ningún credo, ningún conjunto de dogmas, ningún libro sagrado... lo expresan y mucho menos lo encierran en una formulación adecuada, completa, perfecta. Ni tampoco ninguna formulación es «definitiva», ni insuperable o no susceptible de una relectura; la Humanidad sigue buscando al Dios Mayor, y Dios sigue entregándose y autodonándose de forma imprevisible y, muchas veces, sorprendente.

11 Para los católicos el Concilio Vaticano II ha tenido una importancia crucial en este punto. Cfr. sobre todo sus decretos LG, GS, UR, DH, NAe, AG...

12 En lenguaje escolástico se diría «quoad nos».

Esto nos hace sonreír ante las disputas teológicas de la historia que han estado llenas de condenas y anatemas, ante el celo misionero de quienes han despreciado, perseguido y hasta prohibido las religiones de los otros pueblos, o han hecho inmensos esfuerzos –tan generosos como equivocados- para sustituir la religión de los otros pueblos. Desde la contemplación del misterio «inefable» de Dios, reconocemos nuestro espejismo, pedimos perdón a todos los pueblos cuyas religiones los cristianos hemos perseguido y avasallado, y con humildad pedimos ser acogidos en una nueva comunidad religiosa mundial de los pueblos humanos. Estamos dispuestos a abrirnos a las luces, a los destellos de Dios que brillan en la experiencia religiosa de las religiones del mundo, a la vez que ofrecemos también nuestra propia riqueza espiritual.

Macroecuménicos nosotros a imagen y semejanza suya

Esta experiencia de Dios, de un Dios que no se vincula en exclusiva ni en privilegio a ningún gueto, y que actúa y salva en todo el universo y en toda la historia, amplía nuestra mirada y desparticulariza nuestro comportamiento. No podemos mirar el mundo ni enfocar nuestra vida desde la visión exclusiva de una raza, una cultura, pueblo o Iglesia. Nos sentimos ciudadanos del mundo, peregrinos de la historia total, responsables de la universalidad del cosmos, hermanos y hermanas de todas las criaturas.

El ecumenismo de Dios nos impide absolutizar mediaciones tales como nuestra propia Iglesia o nuestra religión. Nuestra pertenencia a una Iglesia no agota ni expresa adecuadamente nuestra pertenencia fundamental, nuestro «lugar social religioso»¹³, que no es ya el pequeño mundo de una confesión particular, sino –a imagen y semejanza de Dios- el amplio ámbito macroecuménico, el universo de las religiones, la Humanidad buscadora de Dios. Cada vez más, hoy, para ser religioso hay que serlo intrerreligiosamente¹⁴, y macroecuménicamente.

C. El macroecumenismo de la misión cristiana

La nueva experiencia de Dios que hemos hecho en nuestro Continente a través del redescubrimiento de Jesús, nos hace sentir también

13 Lo decimos aquí por paralelismo con el concepto de «lugar social»: «aquel lugar por el que se ha optado, desde el que y para el que se hacen las interpretaciones teóricas y los proyectos prácticos, el lugar que configura la praxis que se lleva y al que se pliega o subordina la praxis propia» (ELLACURIA, I., *El auténtico lugar social de la Iglesia*, en VARIOS, *Desafíos cristianos*, Misión Abierta, Madrid 1988, 78; servicioskoinonia.org/relat/124.htm). Así, podemos hablar de un «lugar religioso»: aquel lugar religioso por el que uno ha optado, al que uno se siente perteneciente en última instancia, desde el que hace las valoraciones y los proyectos...

14 Declaración de la Asociación Teológica Indiana, n. 36; cfr PATHIL, K., (ed.), *Religious Pluralism. An Indian Perspective*, ISPCK, Delhi 1991, p. 348.

el macroecumenismo de la misión del cristiano. Hablamos de la misión fundamental de todo cristiano, más allá de toda vocación o carisma particular. Esta misión consiste en «vivir y luchar por la Causa de Jesús, por el Reino», y ésa es, evidentemente, una misión máximamente macroecuménica. Porque el Reino es vida, verdad, justicia, paz, gracia, amor... entre todos los hombres y mujeres, entre todos los pueblos, y comunión de ellos y ellas con la naturaleza y con Dios. La misión de que nos sentimos investidas las personas cristianas es vivir y luchar por esta Utopía.

Ahora bien, esta misión no es otra que la de toda persona humana¹⁵. Nuestra tarea como cristianos no es otra que la que nos compete como personas. En principio los cristianos no tenemos una misión propia, específica, distinta, reservada, sólo viable para los iniciados. Nuestra vocación coincide con la vocación humana, porque nuestro sueño coincide con el sueño de Dios.

Siendo lo que somos, personas cristianas, no nos sentimos pertenecientes a una facción, a un particularismo filosófico o teológico, a una secta que nos sustraiga de las grandes preocupaciones y perspectivas. Nuestras Causas son las Grandes Causas de la Humanidad, Causas y Sueños de todos los pueblos, Causas y Sueño también de Dios.

Por eso, siempre que los hombres o mujeres, en cualquier circunstancia o situación, bajo cualquier bandera, trabajan por las Grandes Causas del Reino (amor, justicia, fraternidad, libertad, vida...) están cumpliendo el sentido de su vida, están haciendo la voluntad de Dios, están luchando por la Causa de Jesús. Por el contrario, no siempre que las personas se declaran cristianas y viven y luchan por sus Iglesias están haciendo la voluntad de Dios. No será otro el criterio escatológico por el que Dios juzgará a los seres humanos (Mt 25, 31ss): un criterio totalmente macroecuménico, no confesional, no eclesial, ni siquiera «religioso».

Común a todo ser humano

Esta «gran misión cristiana» que creemos que es común con la misión de todo ser humano, no dejamos de vivirla con nuestra propia luz de fe cristiana, con nuestra propia tradición. Hemos valorado mucho siempre nuestra propia tradición religiosa, como han hecho todas las religiones. Y como ellas también, hemos exagerado su valor cuando hemos absolutizado muchos elementos que eran realmente relativos, y cuando nos hemos considerado a nosotros mismos como el propio centro del universo de las religiones... Hoy consideramos que la luz de nuestra fe es una luz

15 Porque el Reino mismo no es sino «el destino de la raza humana», en una bella expresión de Albert Nolan. «Reino» es su nombre para nosotros, pero sabemos que no es sino la Utopía mejor de la Humanidad, el «sueño de Dios», al decir de la ya citada Asamblea del Pueblo de Dios.

«superior», porque viene de arriba, pero no es una luz superior a las demás por principio, sino una luz más entre las muchas luces de Dios que iluminan a la Humanidad, y cuya superioridad habrá que analizar a posteriori comparativamente con las demás luces, con mucho realismo y objetividad. Macroecuménicamente, valoramos todas las luces que iluminan a todos los seres humanos que vienen a este mundo.

En relación con los otros

Por esta coincidencia entre la misión cristiana y la misión humana, nos sentimos bien en cualquier sociedad humana abierta. No necesitamos vivir en sociedades aparte, ni en sociedades cristianas, de régimen de cristiandad, porque lo que para nosotros importa no es el «decir ‘Señor, Señor’», sino estar a favor del proyecto de Dios. Nos sentimos llamados a colaborar con todos los que buscan la verdad y el amor, aunque no sean cristianos, ni siquiera creyentes. Nos alegramos de todo lo bueno que en el mundo fermenta, y nada humano lo consideramos ajeno a nosotros mismos, o irrelevante para una mirada atenta a la presencia de la salvación. El mundo, la sociedad, la historia, son nuestro propio ambiente vital, como ciudadanos del mundo y responsables de la sociedad, de su proyecto, de su misma esperanza... Ese mundo es el campo en el que nos sentimos llamados a realizarnos plenamente. Podemos y debemos colaborar con todos, sin visiones chauvinistas ni ópticas monocromáticas.

No dejamos de tener una identidad cristiana específica, pero es una diferencia accidental añadida y que no nos separa del mundo, sino que nos reenvía a él. Nuestra gran referencia no es esa identidad cristiana ni ninguna otra referencia confesional diferenciante, sino la «gran misión humana», la común vocación de constructores de la Utopía, luchadores por las Grandes Causas. Ante Dios, lo que importa no será ser cristiano, judío, musulmán, hindú o sintoísta... sino haber gastado la vida en pro de las Grandes Causas.

A diferencia de otros tiempos en los que los cristianos hemos medido todo lo ajeno con la medida de nuestros propios valores, hoy valoramos lo que no es cristiano reconociendo su valor intrínseco, por sí mismo. No llamamos a nadie «cristiano anónimo», ni a ningún valor lo llamamos «Verbo sembrado», ni «semillas del Evangelio» o «preparación evangélica». No importa que las personas sean cristianas o no, sino que sean ciudadanas del Reino. Y sus valores no valen por la participación que tengan de nuestros propios valores, sino de la que tengan en los valores de Dios mismo, fuente de todo bien.

El conflicto en la misión cristiana

Pero también nos encontramos con la oposición y el conflicto. Hay quienes se oponen a los intereses comunes de la comunidad humana a

favor de sus propios intereses egoístas y opresores. Unas veces somos combatidos, otras debemos luchar y oponernos. A veces somos perseguidos por nuestra fe, y otras veces somos nosotros los que sentimos la necesidad de criticar la actitud de nuestra propia Iglesia o religión. El conflicto forma parte de la historia y de nuestra vida.

Ahí, nuestra actitud macroecuménica nos hace saltar por encima de fronteras chauvinistas entre «los nuestros y los otros», haciéndonos medir nuestras solidaridades y oposiciones en función de la utopía del Reino. También aquí el reinocentrismo es la medida de todo. Nos sentimos más unidos a aquellos que, aun sin ser de nuestra religión, sin referencia a Cristo o sin fe explícita en Dios, luchan por su Utopía (que nosotros llamamos Reino en lenguaje bíblico cristiano) y por tanto se posicionan a favor de la justicia, a favor de los pobres y de la liberación integral, que a aquellos que tal vez con el nombre de Cristo Rey en los labios, se posicionan a favor de la injusticia y la opresión, y se oponen a los pobres.

Si nuestra verdadera pasión es la llegada del Reino, y todo lo medimos ecuménicamente con esta medida –como decimos–, nos sentiremos más unidos a aquél que realiza la Causa de Jesús aun sin conocerlo, que a aquellos que –quizá incluso en su nombre– se oponen a ella.

Esto es tremendo, pero es real. Y es evangélico. Jesús mismo sentía esa mayor cercanía. El se identificó más con el samaritano que con el sacerdote y el levita, más con la liberación de los pobres que con el culto del templo (Lc 10, 25ss), más con los pecadores humildes que con los fariseos satisfechos de sí (Lc 15, 11-32; Mt 21, 31-32), más con el que hace la voluntad de Dios que con el que dice «Señor, Señor» (Mt 7, 21), más con los que dan de comer al hambriento, aun sin conocerlo (a El) (Mt 25, 31ss), que con los que hicieron milagros en su nombre (Mt 7, 22), más con el que decía que «no» pero hacía la voluntad del padre que con el que decía que «sí» pero no la hacía (Mt 21, 28-32).

Conocemos muchos casos en la historia en los que la verdad del Reino ha estado más del lado de los que han sido perseguidos por los cristianos y hasta por la propia Iglesia, que del lado de éstos y de ésta. Cuando los indígenas de Abya Yala fueron invadidos, expulsados y masacrados o esclavizados, la razón de Dios estaba de su parte, y no de la del que esgrimía la Cruz o el mandato del Papa en el «Requerimiento». En la guerra civil española, que fue considerada «cruzada» por la Iglesia, unos murieron con el nombre de Cristo Rey en los labios y en su corazón, pero en connivencia con el ejército que combatía a los que de hecho defendían las Causas de la soberanía popular, el orden constitucional, la democracia y la superación del capitalismo, Causas que entonces daban cuerpo a la utopía del Reino proclamado por Jesús. Las revoluciones por los derechos humanos modernos hubieron de ser anticlericales y perseguidoras de las Iglesias, porque

éstas se posicionaron a favor de las monarquías y oligarquías, a favor del orden del privilegio y del *Ancien Régime*. En la larga marcha del ascenso del socialismo mundial, la Iglesia ha estado invariablemente con el capitalismo, poniendo la libertad económica de los poderosos por encima de la justicia y la dignidad de los pobres. Finalmente, en las revoluciones populares latinoamericanas, la Iglesia católica institucional ha sido uno de las grandes obstáculos que no pudieron superar los movimientos liberadores de los pobres. En estas y otras muchas coyunturas históricas graves, así como en los conflictos de cada día, la perspectiva macroecuménica nos solidariza primariamente con el amor y la justicia, la libertad y el bien de los pobres, y nos enfrenta a quien se opone a ellos, aunque sea de nuestra religión o nuestra Iglesia. El macroecumenismo se mueve en otras coordenadas, sin el fanatismo de defender, por espíritu de cuerpo, a nuestra religión o de nuestra Iglesia, a cualquier precio, por encima de de las Causas a las que la misma Iglesia se debe.

D. Actitudes macroecuménicas

Este macroecumenismo típico latinoamericano produce en nosotros una serie de actitudes espirituales que lo concretan y lo verifican, y que, en conjunto, lo hacen característico. Éstas son las principales:

- **contemplación**, como fundamento último de este macroecumenismo: una capacidad potenciada para contemplar a Dios en la Historia, en la Vida, en todos los pueblos, incluso en los que no conocen a Cristo¹⁶, en las luchas de los pobres, en los esfuerzos de tantos militantes generosos, aunque se manifiesten como lejanos de un Dios confesado o de una Iglesia o religión conocidas. Ahí, nuestro macroecumenismo nos da la capacidad de captar la secreta presencia del Reino de Dios, de su Salvación siempre actuante.

- **optimismo soteriológico**, creyendo efectivamente que Dios quiere que todos los seres humanos se salven, aunque no lleguen al conocimiento de toda la Verdad (cfr. 1 Tim 2, 4), y que esta voluntad suya es una voluntad eficaz. El macroecumenismo nos hace optimistas porque creemos que todos nuestros desvaríos humanos y nuestros mismos conflictos religiosos son como «juegos de niños» ante Dios, nuestro Padre y Madre comprensivo y cariñoso, siempre abierto al perdón y a la acogida. Creemos

16 «El misionero, o es un contemplativo y místico, o no será un misionero auténtico. El verdadero evangelizador está imbuido de fe en la presencia concreta de la Trinidad en cada pliegue del tejido de la historia, a pesar del empañamiento que la perversión humana le causa. En las formas altamente socializadas de la vida de los aztecas, en los trabajos comunitarios de los indios brasileños, en el sentido profundamente igualitario que se da en la mayoría de las tribus indígenas de Brasil discierne sacramentos de la comunión trinitaria y huellas de la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu en el mundo»; L. BOFF, *Nova Evangelização. Perspectiva dos oprimidos*, Vozes, Petrópolis 1990, p. 80-81.

que a todo ser humano, incluso al aparentemente más cerrado a su gracia, Dios ha de darle, aunque sea «por caminos sólo por El conocidos»¹⁷, una generosa oportunidad de salvación. Para muchos, la propia muerte será el Sacramento de su salvación¹⁸.

•**diálogo con el mundo**, contacto permanente con él. Nada de lo que es humano nos es ajeno. Los gozos y las esperanzas, los sufrimientos y dolores de los humanos, especialmente de los pobres, son también nuestros. Y eso nos lleva a escrutar permanentemente los signos de los tiempos¹⁹.

•**apertura positiva**: por principio nos sentimos predispuestos a acoger y a valorar el trabajo y el esfuerzo de los hermanos, de los militantes, de los pueblos... más que a recibirlo con prevención o a rechazarlo²⁰. Y sabemos que nuestro mensaje está de acuerdo con los deseos más profundos del corazón humano²¹ y que una sola es la vocación última del ser humano, la divina²².

•**colaboración** con todos los que luchan de cualquier forma por esa Causa universal que es la Utopía del Reino. Todo el que no está contra el Reino está con nosotros. Todo el que lucha por una buena causa participa de la lucha por el Reino y merece que le apoyemos²³. No trataremos de impedir el bien que haga cualquier grupo por el simple hecho de que «no sea de los nuestros» (Mc 9, 38-40).

•**desinterés institucional**: nuestro absoluto es el Reino, no sus mediaciones, ni siquiera nuestras instituciones. No somos «eclesiocéntricos», ni funcionarios interesados, ni buscamos nuestro interés, ni ponemos en el centro ninguna otra institución o mediación. Sólo queremos que triunfe el bien, aunque nos cueste la vida.

Para prolongar el tema, una evaluación crítica de este macroecumenismo latinoamericano, un estudio de sus límites y una prospectiva hacia el futuro puede encontrarse en el artículo de J. M. VIGIL, *Macroecumenismo: teología latinoamericana de las religiones*, citado en la bibliografía final. Por razones de espacio no incorporamos esa temática.

17 GS 22; LG 16; AG 7.

18 BOROS, L., *El hombre y su última opción*, Paulinas/Verbo Divino, Madrid 1972.

19 GS 4, 44, 62; AG 11; ChD 16, 30.

20 Del diálogo con el mundo y de la apertura positiva al mismo fue modelo la espiritualidad del Vaticano II, que procuró aplicar la «medicina de la misericordia». «La antigua historia del samaritano ha sido el modelo de la espiritualidad del Concilio», afirmó Pablo VI; *Concilio Vaticano II*, BAC, Madrid 1965, p. 816.

21 GS 21.

22 GS 22.

23 GS 43, 93, 16, 92, 57, 90, 77, 78; UR 12; AG 12; AA 14.

II. Textos antológicos

- «La Causa de Jesús es la Causa del Reino. Justicia, libertad, fraternidad, amor, misericordia, reconciliación, paz, perdón, inmediatez con Dios... constituyen la Causa por la que luchó Jesús, por la que fue perseguido, preso, atormentado y condenado a muerte.

A fin de que tal Causa siguiese adelante, resucitó de entre los muertos y estará siempre al lado de quienes luchan por la misma. Legalismo en vez de justicia, división discriminatoria en vez de fraternidad, leyes en vez de libertad, odio a los enemigos en vez de amor, dureza de corazón en vez de misericordia y compasión, pacificación en vez de paz, sumisión en vez de reconciliación, venganza en vez de perdón, distanciamiento de Dios en vez de proximidad, constituyen la anticausa de Jesús. Quienes estén por tal anticausa están contra Jesús.

Por esta razón, siempre que los seres humanos, en cualquier hemisferio de la tierra y sea cual fuere su bandera, trabajen denodadamente por el triunfo de esta causa están llevando adelante la Causa de Jesucristo. Por el contrario, no siempre donde hay cristianismo explícito se da ipso facto la bondad, la liberación, la justicia, la fraternidad. En cambio, donde se da la fraternidad, la justicia, la liberación y la bondad, allí se encarna verdaderamente el cristianismo y se está viviendo el evangelio, tal vez incluso bajo el anonimato o bajo cualquier otra bandera.

Ser cristiano es vivir y luchar por la Causa de Jesús.»

Leonardo BOFF, *Testigos de Dios en el corazón del mundo*, ITVR, Madrid 1977.

- *El Pueblo de Dios son muchos Pueblos.* Todas aquellas personas, comunidades y Pueblos que asumimos ese sueño-proyecto de Dios, somos el Pueblo de Dios. Ninguna religión, ninguna iglesia, puede arrogarse la exclusividad de ser ese Pueblo. Se excluyen, eso sí, del Pueblo de Dios todos aquellos y aquellas que se niegan a asumir ese sueño de Dios y de su Pueblo, sirviendo a los dioses del capital, del imperialismo, de la corrupción y de la violencia institucionalizada. Por ese culto idolátrico, en nuestra América y en todo el Tercer Mundo, cada vez son más los pobres y cada vez son más empobrecidos. En nuestro Continente, después de tantas condenaciones y prepotencias religiosas, queremos proclamar esta realidad mayoritaria que se expresa, sobre todo, en las religiones indígenas, en las religiones afroamericanas y en las diversas confesiones cristianas. Las cristianas y cristianos presentes en este encuentro nos sentimos profundamente llamados a la conversión. Públicamente, en nombre de millones de hermanos y hermanas que sienten como nosotros, y para suplir, quizás, la omisión oficial de nuestras iglesias, pedimos perdón a los Pueblos Indígenas y a los Pueblos

Negros de nuestra misma casa, tantas veces condenados como idólatras y secularmente sometidos al genocidio y a la dominación.

Dios tiene un sueño. Declaración de la Asamblea del Pueblo de Dios, Quito septiembre 1992. Texto completo en Agenda Latinoamericana'2003, p. 192, y en: latinoamericana.org/2003/textos/castellano/APD.htm

III. Preguntas para trabajar en grupo

- Recordar el significado etimológico de «ecumenismo».
- ¿Qué habíamos escuchado sobre el «macroecumenismo latinoamericano»?
- ¿Qué diferencia estableceríamos entre «ecumenismo» y «macroecumenismo»?
- Refiriéndonos al «ecumenismo entre cristianos», ¿qué impresión tenemos de su situación actual? ¿Está avanzando, retrocediendo, detenido? ¿Por qué? Comentar.
- ¿Y qué información tenemos respecto al diálogo entre las religiones: se está dando, está avanzando, retrocediendo...?
- Tomar el texto «Dios tiene un sueño», de la APD de 1992 (está en la red, cfr. la bibliografía) y comentarlo en grupo.
- ¿«Dios es macroecuménico»? ¿Cabe aplicarle a él esa cualificación? ¿En qué sentido?
- «La gran misión cristiana, o sea, la misión fundamental de los cristianos, es esencialmente la misma que la de todo ser humano»: comentar. ¿El cristianismo no tiene una diferencia específica? ¿Ser cristiano no es «algo más», o «algo diferente»? Esa diferencia, si la hubiere, ¿es esencial, sustancial, ontológica, de conocimiento...? ¿Qué es lo que está en juego en el fondo de este debate?
- Completar la exposición de esta lección con dos apartados nuevos: «el Macroecumenismo de Jesús» y «el Macroecumenismo de la Iglesia»; para elaborarlos, o simplemente para comentar el tema, se puede acudir a las lecciones 10 y 11, respectivamente, de este mismo curso.
- En otro tiempo, los católicos, por ejemplo, tenían prohibido colaborar con «los comunistas», hablar con los protestantes, comulgar en un culto evangélico o participar en un culto de otra religión... ¿Las cosas han cambiado? ¿Cuál es nuestro criterio? Presentar casos actuales de esta problemática.
- Comentar las actitudes espirituales que derivan del macroecumenismo latinoamericano (apartado VI). Añadir algunas de las muchas más que se podrían añadir...

IV. Bibliografía

- BARROS, Marcelo, *Pluralismo cultural y religioso: eje de la teología de la liberación*, en COMISIÓN TEOLÓGICA DE ASETT, *Por los muchos caminos de Dios - I*, Verbo Divino, Quito 2003, 156-181.
- BOFF, L., *Quinientos años de evangelización. De la conquista espiritual a la liberación integral*, Sal Terrae, Santander 1992.

- COMBLIN, José, *La teología de las religiones desde América Latina*, en VIGIL-TOMITA-BARROS, *Por los muchos caminos de Dios II*. Abya Yala, Quito 2004, colección «Tiempo Axial» n° 3, p. 47-73.
- CASALDÁLIGA, P., *El vuelo del Quetzal*, varias ediciones en América Latina, 1988. También en la biblioteca de Koinonía (servicioskoinonia.org).
- CASALDÁLIGA-VIGIL, *Espiritualidad de la liberación*, capítulo tercero, apartado «Macroecumenismo» en la biblioteca de Koinonía.
- Encuentro de Teología India I*, CENAMI, México – Abya Yala, Quito, 1991. *Encuentro de Teología India II*, id. 1994
- MARZAL, Manuel, et alii, *O rosto índio de Deus*, Vozes, Petrópolis 1989.
- TEIXEIRA, Faustino, *Diálogo de pássaros. Nos caminhos do diálogo inter-religioso*, Paulinas, São Paulo 1993, pp 174.
- VIGIL, José María, *Rasgos de espiritualidad misionera desde América Latina*, Revista «Misiones Extranjeras» 195 (julio 2003) 304-316.
- VIGIL, J.M., *Macroecumenismo: Teología de las religiones latinoamericana*, en VIGIL-TOMITA-BARROS, op. cit., págs. 46-90.